

ALFREDO RAMOS MARTÍNEZ

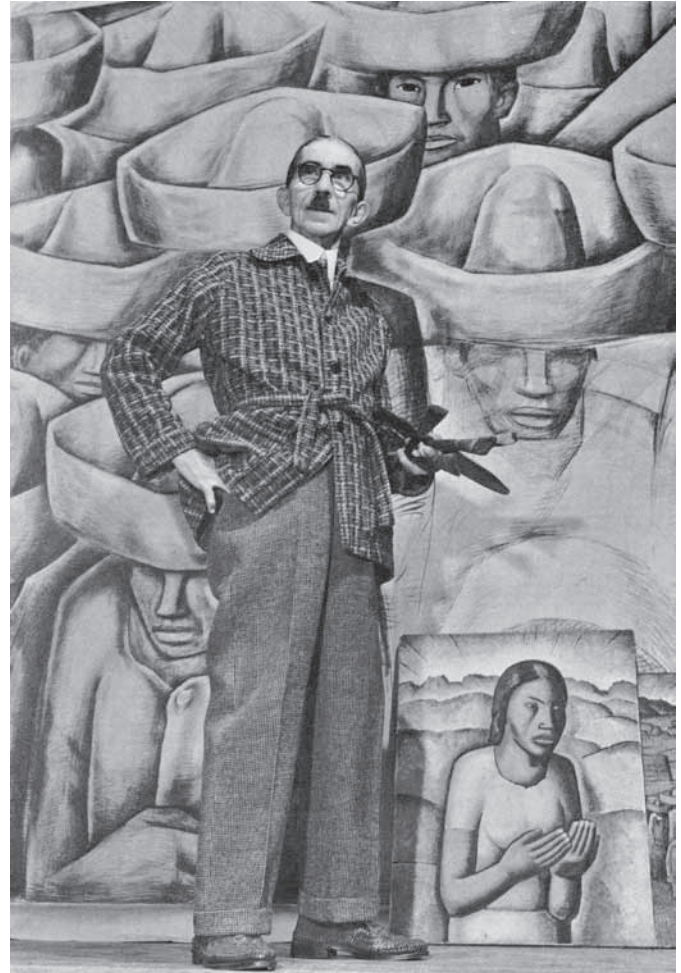
EL PINTOR DE LAS MELANCOLÍAS

Sylvia Morales Ruiz

Según el poeta Rubén Darío, su amigo Alfredo Ramos Martínez es “uno de los que pinta poemas, él no copia, él interpreta, él entiende cómo expresar la tristeza del pescador y la melancolía del pueblo” y lo define como “el pintor de las melancolías”.

Nacido en Monterrey, Nuevo León, en 1871, Ramos Martínez inicia a los 14 años sus estudios formales en la Academia de San Carlos de la Ciudad de México, gracias a una beca ganada en su ciudad natal. Aún estudiante, destaca por su excelente desempeño en varias técnicas, pero sobre todo por sus acuarelas. En 1889, Phoebe Apperson Hearst, madre del millonario William Randolph Hearst, magnate de la prensa en el país del norte, conoció su trabajo casualmente, gracias a una cena ofrecida por el presidente Porfirio Díaz, cuyas cartas de menú y decorados él había realizado. A la dama estadounidense le gustó tanto su obra que pidió conocerlo y termina por comprar todas las acuarelas que tenía, otorgándole además una generosa beca de 500 francos mensuales para estudiar en Europa.

Nuestro artista llega a París en 1900, cuando los impresionistas y post-impresionistas dominan el escenario cultural de la capital francesa. El joven pintor mexicano conoce pronto el trabajo de Paul Gauguin –cuya influencia se reconoce en su obra–, Vincent Van Gogh, Henri Matisse, Claude Monet, Georges Seurat y Odilon Redon, entre otros. Gracias a la holgura que le permitía la mesada, viajó a varias ciudades europeas y pudo moverse en los círculos de la élite social e intelectual del momento. Ahí fue donde trabó una gran amistad con el poeta modernista nicaragüense Rubén Darío, con quien realizó varios viajes, entre ellos a los Países Bajos y Palma de Mallorca, para estudiar la obra de Rembrandt y Van Gogh; estos lugares tuvieron gran influencia en su obra de ese tiempo. Su formación en Francia fue autodidacta y a partir de la experiencia directa, no existen registros de una enseñanza formal en este período. Rubén Darío lo introdujo en el medio de figuras como Amado Nervo, Isadora Duncan, Paul Verlaine, Eleonora Ruse, Remy de Gourment, Anna Pavlova, Auguste Rodin, Pablo Picasso... Se desarrolló así en el mundo social más sofisticado de ese momento. Las experiencias ganadas en este período lo impactarían para el resto de su vida.



En 1906, Alfredo Ramos Martínez ganó la Medalla de Oro del Salón d'Automne en París, el más importante de la época, con su obra “Le Printemps”. Camille Mauclair, uno de los principales críticos de la época, escribió que este pintor estaba a la altura de los mejores impresionistas de París, y su amigo Rubén Darío publica el poema “A un pintor”, dedicado a él, en “El Canto Errante”. En ese momento, la Sra. Hearst comprendió que el joven ya no necesitaba su ayuda, así que éste empieza a ganarse la vida como artista plástico en París.

Cuatro años más tarde, en 1910, decide regresar a México. Emprende el viaje con algunas obras realizadas en Europa y con ellas participa en la exposición de la Academia Nacional



Vendedoras de flores, serie de murales inconclusos en el Scripp College, California

de Bellas Artes, organizada para conmemorar el centenario de la Guerra de Independencia de 1810. Gracias al impacto que causaron dichas obras, es admitido nuevamente en su antigua escuela, pero esta vez como profesor. En ese momento se inicia una década de inestabilidad y violentos desencuentros que disparó la búsqueda de las nuevas formas nacionales en todas las expresiones del arte, convirtiendo a las visuales en manifestaciones públicas. Había estallado la Revolución Mexicana.

En 1911, la situación turbulenta del país también se refleja dentro de la Academia de San Carlos. Los alumnos y maestros se rebelan a los sistemas clásicos de enseñanza y declaran una huelga contra “la dictadura estética”. Las ideas liberales de Ramos Martínez encajan muy bien con las expectativas de la comunidad inconforme, por lo que es elegido para participar, primero, como sub-director de la nueva etapa de la escuela, y en 1913, como director.

En ese mismo año, funda en el barrio de Santa Anita, Ixtapalapa, su primera Escuela de Pintura al Aire Libre con 10 alumnos, entre ellos David Alfaro Siqueiros y Federico Cantú. En ella implanta un sistema que se basa en el respeto a la percepción e inspiración del alumno, método revolucionario para la época que, obviamente, no fue del agrado de los académicos en ese momento. En 1914 es retirado de la dirección, y ya libre, abre su segunda Escuela al Aire Libre en Chimalistac, que posteriormente cambia a Churubusco, proyecto que continúa con tal impulso que para 1924 cuenta con maestros voluntarios de la talla de Rufino Tamayo, Jean Charlot, Francisco Díaz de León y Fernando Leal, entre otros. En 1926, el entonces presidente de la república, Plutarco Elías Calles, patrocina una muestra de estas escuelas que se expuso en Europa y Estados Unidos –Los Ángeles– con gran éxito.

La vorágine revolucionaria y los pintores que se adhirieron a ella, encabezados por el Dr. Atl, propiciaron la lucha desde una trinchera armada de temas humanos,

principalmente del campo, expresados en las formas descarnadas que todos conocemos, exentas del romanticismo europeo, hasta entonces tradicional. La producción de nuestro pintor, cuyo estilo podían calificar de más “decorativo”, aunque su temática proviniera del mismo estrato social, no tuvo mucha aceptación entre los representantes más conocidos de la pintura mexicana de esa época, militantes muchos de ellos del Sindicato de Trabajadores Técnicos, Pintores y Escultores, que en 1933 derivaría en la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR).

En 1929, ya casado, Ramos Martínez emigra a Estados Unidos, buscando un tratamiento médico para su pequeña hija, precedido por varias exposiciones de su obra que tuvieron gran acogida por el medio intelectual californiano. En ese país, su pintura se alejó todavía más del afrancesamiento para ser más mexicana, en su temática plasmó las grandes preocupaciones indígenas de México con un colorido más fuerte y llano. Se establece en Los Ángeles, que en ese momento experimentaba un importante renacimiento artístico, valorándose figuras como Ramón Novarro y Dolores del Río en el cine. Hay que recordar que David Alfaro Siqueiros había sido contratado por el Instituto de Arte Chouinard para enseñar las técnicas del muralismo; y que Diego Rivera fue invitado en 1930 a desarrollar su obra mural en las ciudades de San Francisco, Detroit y Nueva York.

En Estados Unidos, Ramos Martínez realizó un vasto trabajo, entre murales y obra de caballete, a petición de personajes de la vida intelectual y fundaciones a lo largo de California. De este período hay una gran documentación en fundaciones y museos. En 1943 regresó a México a solicitud del entonces Secretario de Educación Pública, Octavio Véjar Vazquez, para pintar un mural con el tema de Monte Albán en la naciente Escuela Normal Superior, el cual fue destruido posteriormente, sin quedar registro. En 1945 regresa a Los Ángeles, donde continúa pintando



Mujer con flores



Cabeza de monja




Paisaje mexicano



Zapatista

murales, el último de los cuales, en el Scripps College, se conservará inconcluso como homenaje al artista, algo semejante a lo que ocurrió también por esos años con el que estaba pintando José Clemente Orozco antes de morir en el Multifamiliar Miguel Alemán, de la Ciudad de México.

Según su discípulo, Ramón Alva de la Canal, “la verdadera fuerza detrás de la pintura contemporánea mexicana fue

Alfredo Ramos Martínez, no Diego Rivera”. En pocas palabras. Nuestro artista murió en Los Ángeles, California, en 1946. Su obra permanece. 

Sylvia Morales Ruiz (Ciudad de México, 1953). Arquitecta mexicana, cursó la licenciatura en la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Realizó también estudios de Maestría en Restauración de Monumentos en dicha Universidad. Su desarrollo profesional comprende proyecto y obra arquitectónica de muy diversos géneros.